

VARIOS APUNTES ACERCA DE LA ELOCUCION.

Antes de ocuparnos de una materia tan importante en Literatura general como la que sirve de epigrafe al presente artículo, creemos conducente definirla para que, fijando bien las ideas, podamos desde luego entrar de lleno á examinar todas las circunstancias que tiendan á esclarecerla é ilustrarla cual corresponde.

«La elocucion, segun Capmany, no es otra cosa, hablando con propiedad, sino el don feliz de imprimir con calor y eficacia en el ánimo del oyente los afectos que tienen agitado el nuestro» lo cual no se consigue sino hablando primero á la inteligencia, para que el auditorio, convencido de la verdad, se decida á obrar con arreglo á los propósitos del orador; con cuya definicion estamos completamente de acuerdo. Por eso nosotros la definimos diciendo que es «aquella gracia ó habilidad especial de llevar el convencimiento y la persuasion al ánimo de los oyentes por medio de la palabra.»

Para convencer es todo punto indispensable presentar al entendimiento clara y distintamente las verdades que nos proponemos demostrar, robusteciéndolas con la fuerza y vigor de nuestros argumentos, con las galas del lenguaje, con la gracia y belleza del estilo y otras cualidades oratorias, que tanto ayudan á captarse las simpatías del auditorio; sin olvidar jamás que el más poderoso auxilio para convencer es la conducta pública y social del orador, con la que, á no dudarlo, está en razon directa la conviccion de los oyentes; así es que estos quedarán más ó menos convencidos, segun que el orador tenga más ó menos honradez y probidad; porque el ejemplo habla repetidísimas veces mucho mas alto aún que la palabra misma; pues, segun un moderno escritor, «ésta pierde toda su influencia cuando la vida del orador está en contradiccion abierta con sus doctrinas.»

Para persuadir debemos precisamente hablar á la imaginacion, lo cual se consigue, pintando los objetos con los colores más vivos, y tocando las diversas fibras del corazon para que, herido éste, las pasiones y sentimientos que broten de él conmuevan fuertemente nuestra alma, y la voluntad en este caso no pueda ménos de resolverse á obrar.

Prévias estas indicaciones, entremos ya á tratar del asunto que nos proponemos, principiando con una breve reseña histórica de la elocuencia desde su origen hasta nuestros dias, y concluyendo con algunas ligeras reflexiones sobre su importancia y diferencia entre la antigua y moderna.

La elocuencia natural, esa elocuencia, hija de la pasion y del sentimiento, existió siempre con el hombre; pero la elocuencia que nos ocupa, formada por las reglas de la oratoria y sometida además á los preceptos de la sana crítica, tuvo su origen, segun el comun sentir, en el gobierno federativo de los estados griegos.

Ni en los primeros imperios asiáticos, ni en el pueblo egipcio brilló jamás la esplendente y luminosa antorcha de la elocuencia, porque la ley suprema y fundamento del estado no era otra sino la voluntad justa ó injusta del monarca, condicion exclusiva de todo gobierno despótico; y bien sabido es que en los pueblos así regidos no es posible examen ni discusion alguna, sino triste acatamiento, ciega sumision, estricta obediencia y de aquí la ignorancia y la barbarie; es decir el mayor grado de abyeccion á que puede llegar el hombre, imagen de Dios.

En virtud de ciertos acontecimientos políticos y sociales, las pequeñas monarquías fundadas en Grecia por las colonias asiáticas y africanas que en ella se establecieron vinieron á convertirse en otras tantas repúblicas libres, pero confederadas. Entonces ya todos los asuntos de general interes eran examinados y discutidos en las asambleas populares; pues con arreglo á la nueva constitucion, todo ciudadano tenia voz y voto en aquellas solemnes reuniones. En un principio los discursos eran sencillos, desprovistos de todo ornamento retórico, y por lo tanto no llenaban los fines que la elocuencia se propone que, como ántes hemos dicho, son convencer y persuadir; conseguian lo primero, pero los oradores no realizaban sus propósitos, porque no practicaban lo segundo: condicion indispensable para hablar y obtener el fallo de un pueblo numeroso, apasionado y ávido de reformas. Así lo conoció, entre todas, la república de Atenas, y por eso fué la que más cultivó la elocuencia, fundando al efecto varias escuelas, á donde acudian para estudiarla, no solamente los naturales del país, sino tambien un gran número de extranjeros: estas academias llegaron á adquirir una celebridad sin límites, y la oratoria se estudiaba en ellas con un afán indecible, porque la creian inspirada por los dioses, y como el medio más breve y eficaz para obte-

ner los primeros puestos en el régimen y administración del estado, si bien con alguna frecuencia ocasionó también el destierro y aun la muerte.

Entre las primeras glorias de la elocuencia griega aparecen Pisistrato y Pericles: en el uno recordando á los atenienses las glorias de su país y las heroicas hazañas de sus antepasados, y en el otro pronunciando el elogio fúnebre de los guerreros muertos en defensa de la patria, se nota valentía en la expresión, vehemencia en el estilo y arranques fuertes y apasionados, caracteres distintivos del buen orador, y que constituyen, á no dudarlo, el verdadero sublime de la elocuencia: hástenos consignar que Pericles, apellidado *El Orador Olímpico*, era tan robusto y enérgico en el uso de la palabra que sus compatriotas decían que *tronaba cuando hablaba, lanzando rayos como Júpiter*. Era además tan conocedor del carácter veleidoso de los atenienses y del espíritu que los animaba que, á pesar de la cruel y encarnizada guerra que sus enemigos le hicieron, consiguió con la fascinadora magia y arrebatador encanto de su elocuencia ejercer el supremo mando de la república durante mucho tiempo; y á los gritos sagrados de gloria, libertad y patria lanzados por él, la Grecia entera se levantaba como un solo hombre para ayudar con sus hijos y con sus riquezas á salvar la independiencia helénica. Por último, dió un impulso tan extraordinario á las ciencias y á las letras, y sobre todo al arte de la Oratoria, que el siglo en que floreció este varón insigne (el V antes de J. C.) se llamó por eso *siglo de Pericles, ó siglo de oro de la literatura griega*.

Tampoco dehemos olvidar á Clistenes, que se atrevió á reformar la constitucion dada por Solon, ni á Temistocles, el ilustre vencedor de Salamina. Este famoso capitán y eminente político fue al mismo tiempo tan elocuente orador que en Atenas se le veneraba hasta el punto de levantarse todos y saludarle con el mayor respeto cuando entraba en el teatro. Pero el pueblo ateniense se llenó al fin de baldon y de ignominia por haber desterrado á este libertador de su patria, el cual vino á morir entre los mismos persas, á quienes habia derrotado en el combate naval ya referido. De esta época son también Cleon, Teranenes, Cricias y Alcibiades los que, versados en la práctica de los negocios y discusiones públicas, sobresalieron por la vehemencia, robustez y nimia concision de su estilo: del último, educado por Pericles, refiere Cornelio Nepote que *nada podia resistir á la fuerza de su palabra*.

Pero concluida la desastrosa guerra del Peloponeso, apareció la escuela de los sofistas, estimulados sin duda por el gran prestigio que empezó á tener la elocuencia. Estos se vanagloriaban de enseñar á sus discípulos á hablar en favor y en contra de cualquiera causa y á hacer discursos de todo género; y como para

ello sujetaban lastimosamente la oratoria á varios sistemas, cavilaciones y minuciosas reglas, ahogaban por completo la libre inspiracion, esclavizando por consecuencia el pensamiento, cortando el vuelo á la imaginacion y corrompiendo el gusto: así es que, abandonando el sendero glorioso de sus antecesores, la hicieron decaer de la prodigiosa altura á que ántes habia llegado. En los defensores de esta escuela se cuentan, entre otros, á Protágoras, Pródicas, Tisias y Gorgias. De este último, reputado como el mejor de todos, sabemos que era sumamente útil y amanerado en su estilo, nada conforme con los indestructibles principios de la naturaleza.

Esta escuela tuvo varios competidores, los cuales se propusieron sacar la oratoria del estado de postracion en que desgraciadamente yacia, y elevarla al mayor grado de esplendor, como en efecto lo consiguieron; pues Sócrates, el primero que la impugnó, llegó á desterrar, no sin grandes esfuerzos, el pomposo aparato y estudiada sutileza que los sofistas habian introducido en el campo de la elocuencia, revistiendola con la sencillez y hermosura de la verdad y la fuerza incontrastable de la filosofía. Este varon ilustre, hijo de un escultor y nacido en Alepo, fué victima tambien de la ingratitude y perfidia de los atenienses; pues á causa de haber negado la pluralidad de dioses, enseñando, por el contrario, que no habia más que un solo Dios, los éforos expedieron un decreto en virtud del cual fué condenado á beber la mortal cicuta; y se mostró tan grande hasta en sus últimos momentos, que después de apurar la copa con la mayor entereza, prosiguió aconsejando á sus queridos y numerosos discípulos que no olvidasen jamás las sublimes y eternas verdades que les habia enseñado. A Sócrates siguieron Isócrates, de estilo sentencioso y maestro de elocuencia; el delicado y elegante Lisias y el docto Iseo, el cual estuvo exclusivamente dedicado á la oratoria judicial, en la que no alcanzó tanto renombre y fama por sus discursos, como por haber sido maestro de Demóstenes, príncipe de los oradores griegos.

Cuentan los historiadores que este esclarecido ateniense, siendo muy niño, quedó huérfano de padre, el cual ejerció la profesion de armero cerca de Atenas; y de aquí provino quizá el entregarse en sus primeros años á la más loca disipacion; pero de tal manera que nadie podia prever, ni por asomo, el gran ruido que como orador estaba destinado á hacer en el mundo. Jamás tuvo aficion por la elocuencia hasta que, habiendo oido al célebre Calistrato, se entusiasmó en tales términos que, sintiéndose inflamado de repente, entró en deseos de consagrarse á la oratoria: á este fin, estudió la Retórica con Iseo, y la Filosofía con Platon; y para formar su propio estilo, copió hasta siete veces las obras de Tucídides, ensayándose en componer con indecible constancia.

Viósele por vez primera en el foro persiguiendo á sus tutores, sobre los que obtuvo el triunfo más completo: esto le alentó para presentarse en la tribuna pública de donde, menos afortunado, tuvo que retirarse por dos veces consecutivas, siendo el blanco de las burlas y risotadas de la multitud.

No desmayó en su empresa á pesar de un éxito tan poco lisonjero; ántes por el contrario, conociendo que adolecía de muchos defectos, especialmente en la pronunciacion y ademanes, trató de corregirlos á fuerza de asiduidad y del más improbo trabajo. Y al efecto, se encerraba en un subterráneo para no tener motivo de distraccion; colocábase delante de un espejo que hacía preparar de antemano, y de esta manera estudiaba todos los movimientos, gesticulando á veces sobre la brillante hoja de una espada, y recitando en alta voz los discursos que habia mandado á la memoria. Situábase tambien con mucha frecuencia á orillas del irritable mar al que arengaba fuertemente, procurando dominar con su voz el ruido de las olas, para acostumbrarse así al estruendo de las juntas populares. Ultimamente, como era algo tartamudo, solía ponerse unas piedrecitas dentro de la boca, y trepando al mismo tiempo cuesta arriba, recitaba algunos versos difíciles hasta que, con la continua práctica de estos ejercicios, logró adquirir la más fácil, clara y expedita pronunciacion, llegando á ver al fin realizados sus justos propósitos; pues llegó á ser el hombre más elocuente de cuantos le habian precedido, y de cuantos después le siguieron; siendo tal el grado de sublimidad á que en el arte de la Oratoria se habia remontado, que el mismo Ciceron confiesa que *debían estudiar sus obras cuantos quisieran iniciarse en todos los artificios de la elocuencia.*

A pesar de no poseer belleza física, ni disfrutar de una completa salud, era tan enérgico y expresivo cuando arengaba al pueblo que decidia siempre los negocios más árduos de la república, como la paz y la guerra; confundia y aniquilaba á sus más poderosos enemigos, y obtenia constantemente las más señaladas victorias en los debates públicos: digalo sinó la reñida y prolongada contienda sobre la *Corona*, sostenida contra Esquines, su formidable antagonista y el orador más célebre de aquellos tiempos, en la que, no obstante la asombrosa destreza con que éste aprovechaba todas las circunstancias para producir efecto en el ánimo de sus compatriotas, ora dirigiéndose al entendimiento con pruebas magistralmente presentadas, ora tocando de mil modos los varios resortes del corazon, hablándoles de cuanto debia serles más querido y poniéndoles ante su vista las sombras de todos aquellos que sucumbieron como buenos en la memorable jornada de *Queronea*; no obstante todo esto, repetimos, fué vencido por Demóstenes en un discurso que, segun la general opinion de los criticos, es, ha sido y será siempre el modelo más

acabado de la Oratoria, confirmando entonces el Senado su anterior decreto, en virtud del cual le habia adjudicado la referida *Corona de oro*, á propuestas de Clesifonte, en premio del acierto con que desempeñó el encargo de pronunciar la oracion fúnebre de los griegos muertos en dicha batalla. Esquines, viendose derrotado en una lucha provocada injustamente por él, se marchó á Rodas, en donde abrió una catedra de elocuencia, en la que un dia, segun se cuenta, sus discípulos le aplaudieron calurosamente al oírle la oracion fúnebre que pronunció en el referido certámen de la *Corona*; pero que, habiéndoles leído después la de Demóstenes, los aplausos fueron aún mucho más frecuentes y nutridos; y entonces les dijo, en estos ó parecidos términos: Si esto pasa por vosotros al oírme este discurso, ¿cuál hubiera sido vuestro entusiasmo si hubiéseis oído al *monstruo*?

Por otra parte Demóstenes era conciso, rápido y nervioso en el estilo, profundo en los pensamientos, teatral y vehemente en la recitacion y al mismo tiempo feliz cual ninguno para llevar al corazon de los oyentes todos los afectos de que su espíritu estaba poseido; así es que en sus discursos atendia siempre más al fondo que á la forma. En efecto, unas veces excitaba la indignacion, el odio y el desprecio para con los traidores; otras la gratitud, el respeto y la veneracion hácia los héroes que supieron morir en defensa de la patria; ya infundia el terror y el espanto en sus adversarios con los rayos más admirables y oportunos de su ingenio oratorio, haciendo recaer sobre ellos la noble y justa venganza de los atenienses; ya, en fin, entusiasmando al pueblo, conseguia levantarle en armas para lanzarse contra Filipo, rey de Macedonia, el cual tuvo en Demóstenes un rival tan poderoso que, segun decia el mismo Filipo, le temia en la tribuna mucho más que á un ejército formado en batalla; porque con su tenaz oposicion y más que todo con su arrebatadora elocuencia, la cual ha sido comparada con justicia á un torrente impetuoso que arrolla cuantos obstáculos encuentra en su veloz carrera, desbarató muchas veces los planes que tenia dispuestos para conquistar la Grecia.

Por último, habiendo accedido á las repetidas instancias de sus conciudadanos para que se pusiese al frente del gobierno, los sacó de la indolencia y apatia en que se hallaban; pero al fin manchó todos los laureles que como orador habia conquistado, huyendo cobardemente en Queronea en lo más recio del combate, y envenenándose además, para no caer en manos de Antípater, general y primer ministro de Filipo, y después Gobernador de la Grecia y de la Macedonia. Con la muerte de Demóstenes se eclipsó la elocuencia griega, volviendo á caer en aquella languidez introducida por los sofistas; pero algo más tarde aparecieron otros oradores, descollando entre todos Demetrio Faléreo, natural de

Atenas y discípulo de Teofrasto, de carácter en un todo contrario al de Demóstenes; pues aquél, según Cicerón, más bien que inflamar el ánimo de sus compatriotas procuraba deleitarlos.» *Delectabat athenienses magis quam inflammabat.*

(Se continuará).

TOMÁS PERIAGO.

P E R E Z A .

«Hay que hacer.
Después lo haremos.
Es muy urgente.
Mañana,
¿Habrá tiempo...?
Habiendo gana...
¿Y si nos falta?
Veremos...»
Diálogo en el que tenemos
La exacta fotografía
De esa costumbre ó manía
Que de diferentes modos
Nos hace exclamar à todos
«Mañana será otro día.»

Para el mañana dejamos
Los asuntos mas urgentes,
Cuando acaso indiferentes
Nuestro porvenir jugamos.
Ninguna importancia damos
A lo que muchos la dan;
Y es que todo nuestro afán,
Lo que la atención reclama
Son los muebles de la cama,
Las butacas, ó el diván.

De la pereza es el socio
El hombre que infortunado
En la molición ha fundado
Su mas principal negocio.
Sibarítico, en el ocio

Se encuentran sus ojos fijos;
 Y sus descuidos prolijos
 Ni altera ni sufren tasa,
 Aunque se queme la casa
 Y con ella ardan sus hijos.

Suena el huracan.
 Que suene:
 Rujen los vientos.
 Que rujan:
 Crujen los árboles.
 Crujan:
 Truena el Universo
 Truene.

En su lecho se mantiene
 Este célebre mortal;
 Y el trueno y el vendabal
 Le inspiran tanto cuidado,
 Que se vuelve al otro lado
 Buscando la horizontal

Aunque vicio inofensivo
 Debe oponerse un remedio
 A esa flojedad, y tédio
 Para el hombre tan nocivo.
 Remedio eficaz, activo,
 Que con valiente entereza
 Despoje de esa corteza
 Que nos abate y abruma,
 Y con diligencia suma
 Nos corrija la PEREZA.

J. M. PUCHÉ.

A TI LO DEBO.

Cuando en mis años primeros
 se empezó à turvar la calma,
 y sentía que lastimeros
 se escapaban prisioneros
 los suspiros de mi alma;

Consuelo inútil buscando
para templar mi amargura,
me quedaba contemplando
allá arriba, imaginando,
que el cielo estaba en la altura.

Hoy que llena de contento
mi vida con tus amores,
pasa veloz como el viento
que se lleva el pensamiento
de las aves y las flores;

Me dice mi loco anhelo
que mil venturas presiente,
que si he encontrado consuelo
es porque he mirado al cielo;
pero al cielo de tu frente.

FIDELIO.

INFLUENCIA DE LA LITERATURA ÁRABE

EN LA RESTAURACION DE LA EUROPA.

I.

Con demasiada frecuencia y sin que para ello haya motivos de ninguna clase, hemos oído decir á grandes literatos, lo mismo nacionales que extranjeros, que á los árabes fué debido el que las letras y las ciencias europeas no adelantasen en los siglos medios de la manera que hubiesen adelantado á no haber pisado aquella raza el fértil territorio del antiguo continente.

Para nosotros es incomprendible tal falta de raciocinio, puesto que todos saben, aun aquellos que menos versados están en el estudio de las bellas letras, que los sectarios del Profeta, lejos de mirar despreciativamente la literatura, á ella consagraron sus más generosos esfuerzos, y prueba claramente lo que acabamos de decir el que todos ellos sin escepcion han legado á la posteridad sublimes escritos que aun hoy día son buscados con verdadero interés por todos los sabios del mundo.

¿A quiénes somos deudores de los grandes descubrimientos que impulsaron de una manera prodigiosa la Medicina, la Botánica, la Astronomía y la Agricultura?

¿Qué pueblo durante la Edad media trabajó más y con mejor fortuna en el adelantamiento de las ciencias y de las artes?

No; no es posible cerrar los ojos á la luz de la razón ni desconocer las inapreciables ventajas que reportó á la Europa la larga dominación en el suelo hispano de los creyentes del Corán.

Somos y hemos sido siempre entusiastas admiradores de la literatura griega y romana. Comprendemos perfectamente que los más ilustres clásicos de ambos países son acreedores al respeto y veneración de la humanidad; mas no por esto despreciamos ni mucho menos combatimos á los grandes escritores árabes; pues si bien la preeminencia literaria está á favor de los primeros, lo que es ocioso discutir, en cambio los segundos tienen el indisputable mérito de haber cultivado, no tan solo la agradable y amena literatura, ocupación casi única y exclusiva de los clásicos latinos; sino también y en una forma que hace honor á su talento, todas las Ciencias, así las exactas como las físico-naturales.

Mientras las escuelas cristianas ocupabanse en enseñar el canto eclesiástico, en leer y contar; mientras de toda Francia acudían á Metz y á Soissons llevando consigo los antifonarios para reducirlos al uso romano, los árabes enviaban embajadas para buscar los buenos libros griegos y latinos, erigían observatorios para aprender la astronomía, hacían viajes para instruirse en la historia natural y fundaban escuelas para transmitir del modo más perfecto á la juventud todos los conocimientos científicos.

Los árabes, traduciendo á su idioma á costa de improbos trabajos los escritos más útiles de los Persas, Indios, Sirios y Egipcios, hicieron un gran favor á la literatura, puesto que merced á tantos afanes como demostraron por poseer los más recónditos tesoros literarios de aquellos poderosos pueblos, pudo la Europa, algunos siglos más tarde, conocer con toda perfección la historia de los grandes imperios de la antigüedad.

Los más ilustres príncipes mahometanos contribuyeron con su eficaz apoyo al desarrollo de la literatura árabe, dispensando su protección á los amantes de su estudio, abriendo escuelas para su enseñanza, concediendo premios y honores á los mejores literatos é impulsando decididamente los descubrimientos que se hacían en todos los ramos del saber en los países que gobernaban.

Todos los que conocen la historia de la dominación agarena en nuestra hermosa patria nombran con el debido respeto y consideración á aquellos grandes califas cordobeses que, como los Abderramanes, fomentaron el estudio de las bellas letras, haciendo de su capital el emporio de todo lo más admirable y más sublime.

Los estudios de los españoles bajo el dominio de los árabes

fueron de grande importancia é interés. Subyugados aquellos en un principio á la dominacion de los califas y no encontrando otro consuelo á su desgracia mas que el de procurarse un alivio en la cultura intelectual con el comercio de los sarracenos, bien pronto les fue fácil conocer que aquella raza, que en son de guerra y conquista habia llegado á su país abrigando la intencion de apoderarse de toda Europa, era mucho más sabia é inteligente de lo que se figuraban y desde entonces comenzaron á estudiar con ardor las mejores obras de sus más insignes escritores con el objeto de apreciar debidamente las infinitas bellezas que en todas se descubrian.

Comenzò poco despues la lucha inmortal inaugurada por Pelayo en las escabrosas é inaccesibles cumbres del territorio cántabro; y los altivos españoles, que mas que ninguna otra cosa atendian á vencer con su valor y su pujanza las atrevidas huestes de la media luna, hicieron caso omiso del desenvolvimiento intelectual y despreciaron en odio á los constantes enemigos de su religion y de su patria la cultura de estos, hasta que pasados algunos siglos y cuando ya el estandarte del Profeta ondeaba únicamente en el reducido espacio de una de nuestras más poéticas provincias meridionales; consagràronse algunos, muy pocos, pero los mas inteligentes, á perfeccionar sus conocimientos, mejor dicho, á darles mejor direccion y mas acertado giro con la lectura de las obras arábicas y acojiendo con verdadera fé y solícito entusiasmo sus mas importantes reformas científicas.

La literatura arábica en aquella época habia llegado á un alto grado de brillo y esplendor, y nuestros sentimentales poetas dedicando todos sus esfuerzos á conocer su forma, lograron inspirarse en ella para dar á la suya propia aquel tinte de dulzura y expresion que caracterizaba á la de los ilustres é inspirados vates agarenos.

La Iglesia cristiana durante el dilatado número de siglos que durò la lucha de la reconquista fué la única depositaria de las ciencias; pues entre el fragor de los combates, y los trastornos y mudanzas consiguientes á tan anormal estado del país, era de todo punto imposible que ninguno pudiera dedicarse á su estudio, tanto mas cuanto que la necesidad imperiosa de asegurar su independencia era lo único á que constantemente atendía el pueblo hispano, deseoso de vencer y dominar á sus fatales enemigos.

Los moros por su parte no desatendian por esto sus estudios y procuraban estender por todas las regiones europeas sus conocimientos científicos, que mas tarde, abriéndose paso de una manera rápida y decisiva fueron á iluminar aquellos grandes centros de enseñanza de donde salieron tantos ilustres génios, y que formaron, por decirlo así, el nuevo resúmen de doctrina dada á conocer á la juventud por los mas grandes profesores de las Univer-

sidades de Montpellier, Paris, Bolonia y Salamanca.

El álgebra, los números arábigos, el descubrimiento de muchas é importantes plantas medicinales, los sistemas de riego y canalización; en una palabra, todo lo más necesario é importante para la vida del hombre y de la humanidad, fué debido á nuestros dominadores los musulmanes, los que bajo este concepto son merecedores á nuestros elogios y á nuestra admiracion, por que legaron á las futuras edades aquel material científico tan útil para que los sabios de otros tiempos pudiesen con mas acierto é inteligencia dedicarse con indecible entusiasmo á la investigacion de la verdad.

Ataquen otros infundadamente la cultura y elevada inteligencia del pueblo árabe, pero nosotros, que por muchas razones, estamos obligados á mostrarnos con él sumamente agradecidos, procuremos dar á conocer aunque muy someramente, lo mucho que la edad moderna debe á los más insignes hombres de esa raza.

(Se continuará).

ARTURO CAYUELA.

RIMAS.

I.

Yo ví por vez primera la hermosura
Del mar que riza el agitado viento,
Y me asomé al espejo de sus olas
Por ver el fondo de su hinchado seno:

Pero absorto quedé cuando mis ansias
Cansadas de mirar, tan solo vieron
Un abismo insondable y más oscuro
Que las tupidas sombras del misterio.

II.

Despues, al contemplar tus bellos ojos
Llenos de luz como el cristal del cielo,
Tambien yo me asomé por si veia
El astro que lanzaba tanto fuego;

Pero estático y mudo en el instante
Quedé, como al mirar el mar inmenso:
Pues en vez de encontrarme el sol del alma,
No hallé nada en el fondo de tu pecho!

J. RUIZ NORIEGA.

UN SUEÑO.

Soñaba, y en mi sueño creí encontrarme en una hermosa mañana de primavera, en la que se aspiraba un delicado ambiente, embalsamado con el suave aroma que las nacientes flores exhalan, al abrir su caliz para sonreír al nuevo día.

El sol principiaba à dejarnos ver su brillante disco y à estender sobre la tierra su cabellera de oro.

A esa hora en que tanto convida à la meditacion el magestuoso silencio de la naturaleza, interrumpido únicamente por los alegres trinos de los pintados pajarillos, que saltando entre las ramas de los árboles, preludian el himno matinal al Hacedor supremo: à esa hora, en que la soledad y todo cuanto admiran nuestros ojos favorece el recogimiento del alma, me encontraba paseando en una solitaria calle de un delicioso jardín.

Mi imaginacion estaba embebida en la contemplacion de las maravillas de la naturaleza.

Mi vista vagaba errante desde la frondosidad de un hermoso árbol al desnudo y esbelto tallo de una rosa; desde la límpida superficie del espacio à las áridas sinuosidades de las montañas.

No sé el tiempo que estuve sumido en la contemplacion de aquel bellissimo panorama, de la que vino à sacarme un incidente extraño.

Al dirigir mi vista à un rosal, se fijó en una modesta rosa, que aun no habia abierto su caliz.

Uno de los rayos del naciente sol la acariciaba con dulzura.

Por extraña fascinacion, me pareció escuchar un murmullo de cadenciosas frases, y me aproximé curioso, anhelando descifrar la conversacion, que creí tenia lugar entre la flor sencilla y el rayo de luz que sobre ella se posaba.

Claras y distintas llegaron á mi oído las palabras del siguiente diálogo:

EL RAYO.—Abre, hermosa flor, tu delicado cáliz y deslicese mi vida en el éxtasis de tu peregrina belleza: déjame aspirar una parte de tu balsámico aroma: concédeme tus sonrisas y me verás siempre á tu lado, dandote vida con mi vida, belleza con mi luz.....

LA ROSA.—Si me ofreces tu apoyo y no son falsas tus protestas, te abriré mi cáliz y embalsamaré nuestra vida con los delicados aromas con que natura me dotára.

EL RAYO.—Gracias, flor purísima, por la singular dicha que me concedes con tu amor: yo te juro solícito vivir para prestarte vida y fragancia: entreabre, si, tu pudoroso cáliz bajo mi amparo.

Tras estas frases ví desplegar á la flor con delicada timidez sus encendidas hojas, sonriendo á su amante con un candor y belleza sin igual.

El rayo de luz, al contemplar esta inocencia, á pesar de sus juramentos de ser esclavo, pretendió convertirse en despótico señor.

Para conseguir su intento, pidió con insistencia á la rosa, que abriese su cáliz, para poder juzgar de la belleza de sus pétalos y hasta su corola.

La rosa contestaba, que cuando se levantára la brisa de la tarde, que con su suave soplo refrescase sus hojas, accedería á las pretensiones de su amante.

El rayo insistió y esto hizo comprender á la rosa su malvada intención, é inmediatamente plegó por completo su cáliz.

El rayo enfurecido descargó todo su fuego sobre la inocente rosa.

Las hojas exteriores sufrieron su influencia y se ajaron sus delicados matices; pero el interior á donde no llegaba el fuego abrasador del encendido rayo, permaneció fragante y puro.

Mas el rayo, abrasado por el deseo de la venganza, apeló á la calumnia y se retiró diciendo á sus compañeros:

«He aspirado toda la esencia que aspiraba en su caliz: he agotado su belleza con mi fuego y con él he llegado hasta sus pétalos.»

Muchos le dieron crédito, juzgando por las apariencias, y lo contaron á otros, haciendo alarde de que ellos también habían aspirado el escaso y ya viciado perfume de aquella flor desventurada.

Pasó el día: el sol tocaba ya á su ocaso y aun se escuchaba á lo lejos el eco de la calumnia.

Solo alumbraba la tierra la luz desvanecida del crepúsculo, que precede á las tinieblas de la noche: y una suave brisa con su ligero soplo hacia mover lánguidamente las hojas de los árboles y acariciaba á la entristecida rosa, ofreciéndole á imitación del rayo, su amor, su vida y sus cuidados.

Ella acogía con desden sus protestas, recelosa por el desengaño recibido.

La brisa insistió y cuando la noche empezaba á tender sus alas sobre la tierra, logró que sus frases obtuviesen una acogida menos indiferente.

Pasó la noche: y cuando los crepúsculos de un nuevo día coloraban el horizonte, la rosa ostentó su pureza.

Las reiteradas súplicas de la brisa la habían hecho confiarse de nuevo y con su entreabierto cáliz sonreía á sus recientes amores.

Algunas gotas de rocío esparcidas en sus hojas, formaban precioso esmalte de perlas transparentes en derredor de sus delicados matices, realzando su sencilla pero arrebatadora belleza.

El mas distraído observador hubiese podido comprender con caracteres inequívocos la inocencia de la rosa y la criminal conducta de su calumniador.

La aurora abrió las puertas del nuevo día, y el sol se levantó en el horizonte lanzando á la tierra sus perezosas miradas.

El infame rayo vió con envidia á la rosa acariciada por la brisa, y aproximándose á esta, la dijo:

«Ignoras á quien amas, cuando tan embebido te encuentras en rendir tus finezas á esa flor; esa atmósfera que la circunda de aspecto virginal es ficticia y engañadora, como todo lo que la rodea. Sabido es por todos que cuanto de puro y aromático encerraba ese cáliz fué aspirado por mí: su aroma, su pureza, ya no existe. Si tu objeto es perfumar tus ilusiones con la pureza de esa flor, huye; pero si solo es el de ver lo que puedes conseguir, continúa, pues alcanzarás cuanto te propongas.»

Después de estas envenenadas frases, vi que la brisa complaciente continuaba acariciando á la rosa con la misma amabilidad, con la misma dulzura, lo que me hizo creer que la calumnia no había encontrado eco en ella.

Me equivoqué: la brisa había empleado sus halagos falaces, para conseguir de la rosa lo que el rayo le dijo había alcanzado; pero también fueron inútiles sus esfuerzos y la rosa, temblando cerró su cáliz á la nueva seducción.

Es cosa probada, que el despecho de un amante despreciado es el satélite mas activo con que cuenta la calumnia,

Por esta la brisa con iracundo desprecio se convirtió en huracán, y á imitación del rayo se alejó murmurando en su veloz carrera

«Para mí también ha sido el aroma completo de esa flor: yo he

sido feliz, llegando hasta su corola, y ajada la dejó en su merecido abandono.»

..

Me aproximé al rosal, impulsado por el interés que había despertado en mí aquella flor tan sencilla como desgraciada: y la encontré caída y casi deshojada.

....¡Tal es la condicion humana!... Dudé; que desgraciadamente en la vida raros son los juicios imparciales que no se dejen arrastrar por la desoladora influencia de la duda....

A pesar de todo la recogí, decidido à no abandonarla, y la llevé à mi habitacion.

Libre de la asechanza de sus enemigos y bajo mi amparo y cuidado: refrescado su tallo seco por el agua que contenia un vaso de cristal, limpio como el espejo de los cielos, aquella rosa tan pura y desventurada adquirió su primera lozania y fragancia, marchitas por el letal influjo del rayo abrasador y del viento; sus hojas adquirieron sus matices, su cáliz se abrió y su aroma embalsamó el ambiente que me rodeaba.

Era tan pura la delicadeza de sus colores, era tan virginal su belleza, que causaba la admiracion de mis amigos, los que al contarles su interesante historia, me decian:

«¡Cuántas flores tan bellas como esta, se han visto ajadas y marchitas por iguales causas!..»

Desperté de mi sueño: mis ojos buscaron aquella flor que tanto había conmovido mi fantasía y solo hallé el vacío de la realidad desconsoladora, y en vez del delicioso jardin, me encontré en las secas y esteriles llanuras de este revuelto caos en que nos vemos aprisionados como en un círculo de hierro y que se llama sociedad.

R. DAZA.

ERRATA.—Por un descuido que no se apercibió hasta despues de la tirada, aparece la poesia «Pereza» en la forma que habrán visto nuestros lectores. Les suplicamos nos dispensen esta falta, que por otra parte no altera el sentido.
